

Daniel Alejandro Gómez

## LA HIJA DE DON BRAULIO

**D**on Braulio llegaba a las cinco de la mañana. Y viniendo mucho antes que todo el resto de los muchachos, parecía sacado de la galera, el juego de un mago, puesto que aparecía por ahí sin más como recién salido de la Creación, y nunca decía su domicilio. Sencillamente, el primero de los muchachos en llegar tenía que toparse con Don Braulio ya en la cuadra, listo y preparado para hacer el pan.

Era un trabajo duro y fastidioso el asunto del pan; el trabajo en una panadería puede ser hecho por vagos, como muchos de los trabajos si tenemos en cuenta las fibras más íntimas del propio trabajador, pero de ninguna manera por flojos. El invierno quedaba sobradamente satisfecho con el frío que sentían los muchachos en la cuadra de la panadería, y en verano había calor más que suficiente para todos. Al menos así era hace veinte años. Era un lugar de lo más sucio y polvoriento, con viejas y destartadas máquinas que mucho más ruido hacían que pan. Había dos gatos, pero podrían haber tenido muchos más, en consideración del surtido de ratas y cucarachas que se veían de oferta. El viejo Don Braulio ponía cara de tristeza en este último punto, y a veces emitía un murmullo ante el General, el único que podía escucharlo. El resto de la tropa se desembarazaba del asunto, y malditos si tenían idea de por qué Don Braulio se preocupaba de esa manera por la buena salud y catadura moral

del negocio del General. Sería otra de sus cosas raras, dieron en pensar. Sin embargo, era impresionante la forma en que el General, por un momento, endulzaba su cara de palo, arriaba la bandera de guerra y se dignaba a bajar un rato al llano de la plebe para explicar al viejo, con buen tono y carácter, que las ratas y las cucarachas tenían que estar en la panadería, así como las pulgas en el perro o las nubes en la lluvia; así es ahora, decía y arengaba el General, y así será por siempre. Amén. Así sea.

Don Braulio tendría más de sesenta años, era pálido y de piel remordida de arrugas, pero se aguantaba todo el trajín de buen pie, de buen talante. Varios le tenían pena. Era todo lo tímido, todo lo bondadoso que se pueda ser. Resultaba incapaz no solamente de matar una mosca, sino que también llegaba a pensar en los microbios que pudiera estar matando por el mero hecho de caminar. Hablaba de una forma tan dulce como inaudible, y la mayor parte de lo que decía quedaba al garete, nadie se enteraba de ello, y a los muchachos no les importaba. Ellos estaban entretenidos, charlaban a grandes voces y aspavientos entre las borrascas del óxido de las máquinas. Hacían ellos durar sus mañanas de trabajo en la charla, conciliando los unos con los otros en pos de las hazañas amorosas y las golpizas arrabaleras que les habían ocupado la semana, ya que aunque no andaban tan sobrados ni de mujeres



ni ágiles para la refriega, la imaginación desempañaba el papel básico de su plática. Don Braulio no decía nada; se la pasaba en un ausente murmullo. Estaba por ahí más inofensivo que una gota de agua pura en un proceloso mar de aceite. Los demás, poco a poco, lo dejaron así. Pero no Alberto.

El General, el patrón de la panadería y que se había ganado el apodo entre la tropa, aunque siempre en su forma furtiva y entre murmullos de ansiedad, precisamente por no andar holgado de métodos democráticos, ni tampoco de las ganas de poseerlos, le decía a Alberto, una vez que éste y el resto de la tropa se cuadraban estólidamente ante su presencia:

—Alberto, cuando yo diga carnaval, usted empiece a tirar agua.

Y así, cuando venía a echar un vistazo el General para ver cómo iban los muchachos, Don Braulio podía estar tranquilo, porque las vivezas de Alberto, ponerle dulce de leche en la boina, tirarle sal en el mate, agregarle agua a la masa que hacía el buen anciano, se iban del clima y quedaban un rato en huelga. Don Braulio tenía el incómodo poder, aparentemente, de disponer de las simpatías del

General. Sin embargo, por una razón que los muchachos no achacaban a otra cosa que a su inveterada bondad, Don Braulio no hacía uso de tales fueros y privilegios y probanzas de veteranía. Cuando el General dejaba el campo con la tropa mansa y bien adiestrada, de inmediato Alberto, que era el vate del grupo, el creador del apodo sempiterno del patrón, arreciaba en tormentas de bromas. Siempre le decía al viejo que era lerdo, que atrasaba a todos. Que no hacía bien las cosas.

—Don Braulio —decía—, está dejando al asilo sin su mejor cliente.

Y así se reía mejor que si le hubieran pagado el sueldo completo.

El General, por otra parte, siempre preguntaba a todos si estaban conformes, si tenían alguna queja. Cuando le llegaba el turno a Don Braulio, éste, con una sonrisa de tolerancia campechana, decía que no, que no pasaba nada. Todo en orden y con buen viento. Sin novedad en el frente, General.

Pero el General se la maliciaba, y decía:

—Muchachos, acá como si estuvieran en la Iglesia.

Amén. Así sea.

Un día, estando distraído, Alberto se entusiasmó y le tuvo, digamos, demasiado cariño y confianza al motor de una máquina. De la chatarra venimos a la chatarra volvemos: la máquina resultó tan tullida que con las propias manos podías hacer más y mejor masa que con esa máquina.

Los muchachos escucharon venir, en el suelo polvoriento, el avance temerario del General, que abrió heroicamente la puerta de la cuadra, que paseó su horrible y calculada mirada por todo el lugar como al redoble del tambor, y que se afaná un rato, experto en cosas mecánicas como era, en lo de la máquina, y que al fin, una vez desalentado, se disponía a descargar su fría y vengativa ira en el principal sospechoso estrella, cuando éste, y que no era otro que Alberto, dijo:

—Fue el viejo, patrón. Fue el viejo. Los muchachos lo vieron.

Los muchachos estaban conformes.

—No me creo que haya sido usted, Don Braulio.

Pero los muchachos estaban agradecidos con esa posibilidad.

—Don Braulio, usted puede decir lo que pasó.

Los muchachos estaban indignados. Uno dijo:

—Le dio manija a la máquina, patrón. La fundió.

Entonces los muchachos esperaban una explosión gratuita y agradable de ira contenida, pero el General dijo:

—El nudo desatado siempre se puede volver a atar.

Amén. Así sea.

Pero el General tenía buen olfato; se puede decir que sabía oler cada rostro de la milicia. Se

acercó lentamente a Alberto, casi se podía sentir el ruido de sus párpados, y dijo en un murmullo, un murmullo desalentadoramente dulce y bondadoso:

—Acá, después de Dios vengo yo.

Así quedó la cosa, de momento.

—Viejo de mierda. Inútil. Sos un pelotudo. Y no andás lejos de morirme —decía Alberto, y el pobre Braulio agachaba la cabeza con humildad.

A mí se me derretía el corazón. No podía aguantarme más: las propias tripas me pedían que metiera la nariz en el asunto. Le dije al pobre viejo que yo tenía unos pesos, que se los arrimaba si él quería, y que podía llevármelo a tomar un café. Hacía frío ese día, mucho frío. El viejo Braulio pareció asombrosa y pasmadamente sorprendido, pero luego me sonrió, y casi le adiviné una sombra de picardía:

—Dejá, pibe —me dijo, y por esa vez yo pude escucharlo—. Que yo se las voy atajando.

Y sin embargo yo me sentía culpable. No era capaz de decirle al patrón nada. Pero es que tenía miedo. Yo solamente cebaba los mates, y el General, como le decían, me daba licencia para unos pesos en el desayuno. Ese día, triste, me quedé bien hasta la noche, y ahí estaba Don Braulio, barriendo el piso, con un cariño tal que parecía que esa panadería fuera secretamente su propia hija. Yo no sabía cuántos años hacía que estaba por ahí.

—Pibe, yo empecé acá como vos —me dijo, inesperadamente, esa noche.

Al General nada le hacía sentirse mejor y más satisfecho, no había nada en este bendito mundo que lo hiciera más competentemente feliz y jovial, que raparse el pelo al estilo militar, afeitarse bien para adentro y seguro que si podía se arrancaba también hasta el cuero cabelludo. Parecía

agradecido con toda la existencia cuando venía así, con la cabeza como un huevo brillante.

Mas un día, después de todo lo que vengo contando, el General vino de malhumor. Había ido a la peluquería de la esquina, pero el italiano que atendía ahí no estaba, tenía el negocio cerrado por alguna razón. No se sabía cuándo iba a volver, y el General así, con el pelo que ya había crecido tal vez un tercio de milímetro sobre el cráneo.

En la cuadra, ese día el General encontraba errores hasta en la forma de caminar. No había forma de que quedara satisfecho con algo; parecía andar enojado hasta con la punta de su nariz. Se la tenía guardada a Alberto, así que lo seguía con especial interés, con un entusiasmo digno de mejor causa: parecía alegre ante la perspectiva de cualquier fallo y error. Don Braulio no decía nada, trabajaba y agachaba la cabeza. Entonces, luego de que se le señalara un desperfecto ridículo, Alberto se la soltó al General:

—Es usted un tremendo hijo de puta.

Bueno, el General estaba, por vez primera vez en su vida, indeciso. Sencillamente no sabía si despacharlo con una buena piña o largarlo para la calle. Parecía decantarse por esta última opción, y ya empezaba a ir en ese sentido:

—Mire, Alberto, yo se la dejo clara. Acá usted está en negro. Nadie sabe que acá trabaja, y nadie, me parece, va a saber cuándo usted dejó de trabajar...

—Gálvez, no lo eche.

Amén. Así sea.

Es que nos había sonado como una orden. Y Gálvez era el apellido del patrón, aunque nadie lo sabía. Pero la voz que habló sí que parecía saberlo. Una voz limpia, suave, pero singularmente firme. Se hizo un silencio tal que todos sentimos

que nos corría hielo por el cuerpo en lugar de la sangre. Y Don Braulio ahí, perfectamente tranquilo como si estuviera en misa. El General de inmediato depuso las armas, entregó las insignias, se quitó la cota de mallas, puso rodilla en tierra, desciñó la corona de laurel, rindió todas las banderas y dobló la cerviz y entregó la espada:

—Es su negocio, Don Braulio —murmuró, y dejó luego el campo de batalla.

Alberto estaba pálido como una hoja de papel, y seguro que una estatua no hubiera podido comportarse más tímidamente que él desde entonces. Don Braulio siguió tranquilamente en lo suyo, trabajando. Y me guiñaba, de tanto en tanto, un ojo mientras yo cebaba los mates.

No cebé mates por mucho más tiempo.

Don Braulio, dueño de dos casas y un terreno en los suburbios, con sólidas cuentas en el banco, y, sobre todo, amo y señor de la panadería desde la terraza hasta las cucarachas del sótano, me confesó que siempre trabajaba como uno más para no perder la costumbre, para no dejar subir a los humos. Que él había empezado de pibe en esa misma panadería. Que no tenía hijos, y por eso le tenía al lugar un cariño especial, algo casi filial... Y decía que el General no era tan malo como parecía, siendo el único que religiosamente no se aprovechaba de su inveterada bondad y pagaba como una cuestión de estado el alquiler de la panadería.

Pienso en la mejor inversión que hice en mi vida: fue ese café que nunca pagué, ese café de lástima, cuando yo lo veía a Don Braulio, vestido de vejez y miseria y humillación. Cuando lo veía barriendo el piso de la panadería, con ese cariño igual que si estuviera acariciando a su propia hija.